

Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena

ORACION COLECTA:

“Dios todopoderoso y eterno, tú mostraste a los hombres el ejemplo de humildad de nuestro Salvador, que se encarnó y murió en la cruz; concédenos recibir las enseñanzas de su Pasión, para poder participar un día de su gloriosa resurrección”.

El que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos”

Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria

El domingo de Ramos nos invita a entrar a la Semana Santa con el entusiasmo de la conversión cuaresmal, dispuestos a recibir la gracia para vivir sus frutos caminando en esperanza, en comunidad sinodal para la misión.

Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual nos habla

Lc 23,33-34.44-46

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?

PENSAMOS JUNTOS, algunos aspectos del texto que, conocidos, nos permiten interpretar el mensaje

CRUCIFICADO: “Cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: —Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y se repartieron sus ropas echándolas a suerte. Era ya eso del mediodía y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y

Jesús, clamando con voz potente, dijo: —Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y, dicho esto, expiró

ESCÁNDALO Y LOCURA. Los primeros cristianos lo sabían. Su fe en un Dios crucificado solo podía ser vista como un escándalo y una locura. ¿A quién se le ha ocurrido decir algo tan absurdo y horrendo de Dios? Nunca religión alguna se ha atrevido a confesar algo semejante. Ciertamente, lo primero que todos descubrimos en el Crucificado del Gólgota, torturado injustamente hasta la muerte por las autoridades religiosas y el poder político, es la fuerza destructora del mal, la crueldad del odio y el fanatismo de la justicia. Pero ahí precisamente, en esa víctima inocente, los seguidores de Jesús vemos a Dios identificado con todas las víctimas de todos los tiempos.

Despojado de todo poder dominador, de toda belleza estética, de todo éxito político y toda aureola religiosa, Dios se nos revela, en lo más puro e insondable de su misterio, como amor y solo amor. Por eso padece con nosotros, sufre nuestros sufrimientos y muere nuestra muerte. Este Dios crucificado no es el Dios poderoso y controlador, que trata de someter a sus hijos e hijas buscando siempre su gloria y honor. Es un Dios humilde y paciente, que respeta hasta el final nuestra libertad, aunque nosotros abusemos una y otra vez de su amor. Prefiere ser víctima de sus criaturas que verdugo suyo.

Este Dios crucificado no es tampoco el Dios justiciero, resentido y vengativo que todavía sigue turbando la conciencia de no pocos creyentes. Dios no responde al mal con el mal. «En Cristo está Dios, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino reconciliando al mundo consigo» (2 Corintios 5,19). Mientras nosotros hablamos de méritos, culpas o derechos adquiridos, Dios nos está acogiendo a todos con su amor insondable y su perdón. Este Dios crucificado se revela hoy en todas las víctimas inocentes. Está en la cruz del Calvario y está en todas las cruces donde sufren y mueren los más inocentes: los niños hambrientos y las mujeres maltratadas, los torturados por los verdugos del poder, los explotados por nuestro bienestar, los olvidados por nuestra religión. Los cristianos seguimos celebrando al Dios crucificado, para no olvidar nunca el «amor loco» de Dios por la humanidad y para mantener vivo el recuerdo de todos los crucificados. Es un escándalo y una locura. Sin embargo, para quienes seguimos a Jesús y creemos en el misterio redentor que se encierra en su muerte, es la fuerza que sostiene nuestra esperanza y nuestra lucha por un mundo más humano.

¿QUÉ HACE DIOS EN UNA CRUZ? Según el relato evangélico, los que pasan ante Jesús crucificado sobre la colina del Gólgota se burlan de él y, riéndose de su impotencia, le dicen: «Si eres Hijo de Dios, bájate de la cruz». Jesús no responde a la provocación. Su respuesta es un silencio cargado de misterio. Precisamente porque es Hijo de Dios permanecerá en la cruz hasta su muerte. Las preguntas son inevitables: ¿cómo es posible creer en un Dios crucificado por los hombres? ¿Nos damos cuenta de lo que estamos diciendo? ¿Qué hace Dios en una cruz? ¿Cómo puede subsistir una religión fundada en una concepción tan absurda de Dios?

Un «Dios crucificado» constituye una revolución y un escándalo que nos obliga a cuestionar todas las ideas que los seres humanos nos hacemos de la divinidad. El Crucificado no tiene el rostro ni los rasgos que las religiones atribuyen al Ser supremo.

El «Dios crucificado» no es un ser omnipotente y majestuoso, inmutable y feliz, ajeno al sufrimiento de los seres humanos, sino un Dios impotente y humillado que sufre con nosotros el dolor, la angustia y hasta la misma muerte. Con la cruz, o termina nuestra fe en Dios o nos abrimos a una comprensión nueva y sorprendente de un Dios que, encarnado en nuestro sufrimiento, nos ama de manera increíble. Ante el Crucificado empezamos a intuir que Dios, en su último misterio, es alguien que sufre con nosotros. Nuestra miseria le afecta. Nuestro sufrimiento le salpica. No existe un Dios cuya vida transcurre, por decirlo así, al margen de nuestras penas, lágrimas y desgracias. Él está en todos los Calvarios de nuestro mundo.

Este «Dios crucificado» no permite una fe frívola y egoísta en un Dios al servicio de nuestros caprichos y pretensiones. Este Dios nos pone mirando hacia el sufrimiento y el abandono de tantas víctimas de la injusticia y de las desgracias. Con este Dios nos encontramos cuando nos acercamos a cualquier crucificado. Los cristianos seguimos dando toda clase de rodeos para no toparnos con el «Dios crucificado». Hemos aprendido incluso a levantar nuestra mirada hacia la cruz del Señor, desviándola de los crucificados que están ante nuestros ojos. Sin embargo, la manera más auténtica de celebrar la pasión del Señor es reavivar nuestra compasión hacia los que sufren. Sin esto se diluye nuestra fe en el «Dios crucificado» y se abre la puerta a toda clase de manipulaciones.

DIOS NO ES SÁDICO. No son pocos los cristianos que entienden la muerte de Jesús en la cruz como una especie de «negociación» entre Dios Padre y su Hijo. Según esta manera de entender la crucifixión, el Padre, justamente ofendido por el pecado de los hombres, exige para salvarlos una reparación que el Hijo le ofrece entregando su vida por nosotros. Si esto fuera así, las consecuencias serían gravísimas. La imagen de Dios Padre quedaría radicalmente pervertida, pues Dios sería un ser justiciero, incapaz de perdonar gratuitamente; una especie de acreedor implacable que no puede salvarnos si no se salda previamente la deuda que se ha contraído con él. Sería difícil evitar la idea de

un Dios «sádico» que encuentra en el sufrimiento y la sangre un «placer especial», algo que le agrada de manera particular y le hace cambiar de actitud hacia sus criaturas.

Este modo de presentar la cruz de Cristo exige una profunda revisión. En la fe de los primeros cristianos, Dios no aparece como alguien que exige previamente sangre para que su honor quede satisfecho, y pueda así perdonar. Al contrario, Dios envía a su Hijo solo por amor y ofrece la salvación siendo nosotros todavía pecadores. Jesús, por su parte, no aparece nunca tratando de influir en el Padre con su sufrimiento para compensarle y obtener así de él una actitud más benévola hacia la humanidad.

Entonces, ¿quién ha querido la cruz y por qué? Ciertamente no el Padre, que no quiere que se cometa crimen alguno, y menos contra su Hijo amado, sino los hombres, que rechazan a Jesús y no aceptan que introduzca en el mundo un reinado de justicia, de verdad y fraternidad. Lo que el Padre quiere no es que le maten a su Hijo, sino que su Hijo viva su amor al ser humano hasta las últimas consecuencias.

Dios no puede evitar la crucifixión, pues para ello debería destruir la libertad de los hombres y negarse a sí mismo como Amor. El Padre no quiere sufrimiento y sangre, pero no se detiene ni siquiera ante la tragedia de la cruz y acepta el sacrificio de su Hijo querido solo por su amor insondable a nosotros. Así es Dios.

MURIÓ COMO HABÍA VIVIDO ¿Cómo vivió Jesús sus últimas horas? ¿Cuál fue su actitud en el momento de la ejecución? Los evangelios no se detienen a analizar sus sentimientos. Sencillamente recuerdan que Jesús murió como había vivido. Lucas, por ejemplo, ha querido destacar la bondad de Jesús hasta el final, su cercanía a los que sufren y su capacidad de perdonar. Según su relato, Jesús murió amando. En medio del gentío que observa el paso de los condenados camino de la cruz, unas mujeres se acercan a Jesús llorando. No pueden verlo sufrir así. Jesús «se vuelve hacia ellas» y las mira con la misma ternura con que las había mirado siempre: «No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos». Así marcha Jesús hacia la cruz: pensando más en aquellas pobres madres que en su propio sufrimiento.

Faltan pocas horas para el final. Desde la cruz solo se escuchan los insultos de algunos y los gritos de dolor de los ajusticiados. De pronto, uno de ellos se dirige a Jesús: «Acuérdate de mí». Su respuesta es inmediata: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso». Siempre ha hecho lo mismo: quitar miedos, infundir confianza en Dios, contagiar esperanza. Así lo sigue haciendo hasta el final. El momento de la crucifixión es inolvidable. Mientras los soldados lo van clavando en el madero, Jesús dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que están haciendo». Así es Jesús. Así ha vivido siempre: ofreciendo a los pecadores el perdón del Padre, sin que se lo merezcan. Según Lucas, Jesús muere pidiendo al Padre que siga bendiciendo a los que lo crucifican, que siga ofreciendo su amor, su perdón y su paz a todos, incluso a los que lo están matando. No es extraño que Pablo de Tarso invite a los cristianos de Corinto a que descubran el misterio que se encierra en el Crucificado: «En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres». Así está Dios en la cruz: no acusándonos de nuestros pecados, sino ofreciéndonos su perdón.

CON LOS CRUCIFICADOS. El mundo está lleno de iglesias cristianas presididas por la imagen del Crucificado, y está lleno también de personas que sufren, crucificadas por la desgracia, las injusticias y el olvido: enfermos privados de cuidado, mujeres maltratadas, ancianos ignorados, niños y niñas violados, emigrantes sin papeles ni futuro. Y gente, mucha gente hundida en el hambre y la miseria en el mundo entero. Es difícil imaginar un símbolo más cargado de esperanza que esa cruz plantada por los cristianos en todas partes: «memoria» conmovedora de un Dios crucificado y recuerdo permanente de su identificación con todos los inocentes que sufren de manera injusta en nuestro mundo.

Esa cruz, levantada entre nuestras cruces, nos recuerda que Dios sufre con nosotros. A Dios le duele el hambre de los niños de Calcuta, sufre con los asesinados y torturados de Iraq, llora con las mujeres maltratadas día a día en su hogar. No sabemos explicarnos la raíz última de tanto mal. Y, aunque lo supiéramos, no nos serviría de mucho. Solo sabemos que Dios sufre con nosotros. No estamos solos. Pero los símbolos más sublimes pueden quedar pervertidos si no recuperamos una y otra vez su verdadero contenido. ¿Qué significa la imagen del Crucificado, tan presente entre nosotros, si no vemos marcados en su rostro el sufrimiento, la soledad, la tortura y desolación de tantos hijos e hijas de Dios? ¿Qué sentido tiene llevar una cruz sobre nuestro pecho si no sabemos cargar con la más pequeña cruz de tantas personas que sufren junto a nosotros? ¿Qué significan nuestros besos al Crucificado si no despiertan en nosotros el cariño, la acogida y el acercamiento a quienes viven crucificados? ¹.

1. *El Domingo de Ramos, la iglesia inicia la Semana Santa recordando la entrada de Jesús en Jerusalén. Esta entrada en la capital es un hecho especial de especial significación. Por eso, sin duda, los recuerdan los cuatro Evangelios. Pero los cuatro con recuerdan asociándolo a un hecho de importancia capital. La actuación violenta de Jesús en el templo, cosa que se indica también en el relato del Evangelio de Juan. Es cierto que Marcos relata el episodio del templo la mañana siguiente de la entrada en Jerusalén. Como sabemos que el cuarto Evangelio nos cuenta la subida a Jerusalén y el conflicto con el templo al final de la vida de Jesús, sino al comienzo de su actividad pública inmediatamente después de la boda de Caná.*
2. *Por supuesto, estas diferencias en los relatos evangélicos deben ser precisadas y explicadas. Pero no son los central y determinante de la llegada de Jesús a la capital. El dato fuerte y decisivo está en que los cuatro Evangelios vinculan la entrada de Jesús en Jerusalén con el conflicto de Jesús en el tema. Téngase en cuenta que el episodio del templo impresionó tanto en Jerusalén que teniendo los judíos tantas cosas contra Jesús como De hecho tenían. Tanto en el juicio religioso como en las burlas e insultos cuando agonizaba. Lo que le echan en cara a Jesús es precisamente lo que el mismo Jesús había dicho sobre la destrucción del templo.*
3. *Con frecuencia se habla de la purificación del templo, que sería lo que hizo Jesús en cuanto llegó a Jerusalén, pero aquel incidente tan duro no se vio como una purificación, sino como una destrucción. Así lo entendieron lo mismo los testigos en el juicio religioso que los que insultaron a Jesús en la Cruz. Los textos lo dicen muy claro, en ellos no se habla de purificación, sino de destrucción. El mismo Jesús había dicho que el templo no quedaría piedra sobre piedra. Y es que la razón de fondo en este asunto capital radica en que Jesús no quiere el culto sagrado del templo, sino el culto en espíritu y en verdad que es el culto verdadero. El lugar sagrado profano pierde su importancia. A Dios se le encuentra en la persona, en la vida, en la humanidad de Jesús y en el respeto, bondad y cariño a todo ser humano.*
4. *El recurso a la procesión de Jesús Montado en el burro ha desviado la atención de los cristianos hacia un recuerdo poético y emotivo que para nada modifica nuestras vidas ni nos acerca al significado profundo del Evangelio.²*

6) **ORACIÓN COMUNITARIA:** *motivados por la Palabra y lo compartido realizamos nuestra oración comunitaria*

7) **ACTUAMOS:** PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitaria.

¹ J. A. Pagola, El camino abierto por Jesús, PPC

² J. M. Castilo, la religión de Jesús, Desclee de BRower